

GUILLERMO ARAYA

COSMOPOLITISMO DEL ESPAÑOL HISPANOAMERICANO

QUIERO analizar en sus aspectos más elementales el por qué y el para qué del cosmopolitismo del español de Hispanoamérica. Estas notas no abordarán la cuestión desde un punto de vista normativo. Un enfoque normativo anterior al análisis de los hechos conduce inevitablemente a soluciones pobres y huecas. Cabe un examen valorativo, pero él mismo dependerá de consideraciones objetivas necesariamente anteriores de acuerdo con la naturaleza del asunto.

Datos iniciales.

Cualquiera persona atenta, aunque no posea conocimientos técnicos gramaticales o lingüísticos, puede comprobar de golpe diferencias apreciables entre un hablante peninsular y otro hispanoamericano. Las diferencias van desde el uso de *vosotros* frente a *ustedes*; *pasé por casa de Pedro*, *pasé por la casa de Pedro*, hasta la pronunciación literal de *pick-up* por una aproximadamente inglesa que nosotros damos a la misma palabra. Aunque se dejen de lado los fenómenos del yeísmo y del seseo, que se dan también en España, y toda otra diferencia más o menos 'sistemática', la impresión general del observador concluye por ser ésta: 'la lengua peninsular es más perfilada, más neta; la hispanoamericana resulta suelta, permeable a los extranjerismos, vacilante, indecisa'. He usado conscientemente términos impresionistas por la índole de este artículo y el tratamiento aligerado de especialización que me he impuesto. Pero todas estas impresiones pueden transformarse fácilmente en descripción objetiva.

Cualquiera que sea el dominio lingüístico cultural que examinemos, nos dará abundante cosecha de palabras extranjeras que allí se emplean. Muchas veces existe en el diccionario y en el acervo del

hablante peninsular corriente la equivalencia adecuada del término extranjero, pero éste es el que se usa aunque le pese al purista o al profesor vigilante. Es inútil dar ejemplos. En el dominio del léxico son tantas las palabras extranjeras en el uso diario y en los dominios especializados que ya se han hecho pequeños diccionarios de ellas y se podrían hacer muchos más. Un ejemplo sólo: el rodeo, fiesta que pasa por ser la más criolla de las campesinas, hace enfrentarse arduosamente a nuestros huasos para conquistar el máximo galardón en disputa: el *Champion*.

Toda actividad humana se realiza y se trasunta en el lenguaje de la comunidad agente. Dominio lingüístico-cultural vale aquí en este sentido amplio de quehacer humano. Se incluye literatura, ciencia, filosofía, folklore (!), hablar común, todo.

El español que llegó a América.

La conquista de América representa una etapa final de expansión del dialecto insurgente del centro norte de la Península, Cantabria, que "como una cuña" comenzó a penetrar hacia el sur desde el siglo x. Cuña que se alargaba y se ensanchaba, tímidamente primero, de una manera impresionante una vez que el juglar lo elevó a lengua de la epopeya nacional en el Poema de Mio Cid. Gentes reacias a la romanización y al tradicionalismo visigótico se van a transformar en la "casta histórica"; tierras de nadie que funcionan de amortiguador entre los reinos medievales cristianos del norte de España, devendrán el solar del idioma de toda la nación.

La lengua traída por los conquistadores es la lengua común de los españoles de su tiempo. La revolución consonántica que todavía no termina se cumplirá a ambos lados del océano sin soluciones dialectales de este Nuevo Mundo. Mientras las lenguas indígenas hispanoamericanas conservarán fonemas de ese tiempo por la vía del préstamo o del superestrato, el español cumplirá sus últimas transformaciones sin rupturas en toda su extensión vieja y nueva.

Lingüísticamente, Conquista y Colonización de América son una sola unidad. La independencia de estos países no alterará, contra lo que se temió, sino indirectamente, las condiciones de desarrollo del español en Hispanoamérica. Tres factores que comienzan con el mismo llegar del castellano nos conviene retener como fuentes u orígenes de un cosmopolitismo que seguirá desde entonces en aumento o manteniéndose, pero sin desaparecer hasta nuestros días. El cosmopolitismo lingüístico, como veremos, es índice y no causa de fenómenos más profundos. Hay una correlación inevitable entre cosmopolitismo del

hablar y del hacer —hacer significa aquí todo empeño humano que no sea meramente vegetativo o vital instintivo.

La lengua española tiene que aplicarse a un mundo nuevo. Los hablantes castellanos tienen que mentar, referirse y significar realidades que saltan y asaltan por todas partes a gentes que habían normado su lenguaje a través de siglos de acuerdo con las necesidades ambientales. Significativamente, el español cambia en labios de los mismos españoles americanos. Un recurso siempre repetido por todos los hablantes comienza a ser usado activamente: el préstamo. Las lenguas de los aborígenes incrementan el idioma de los recién llegados. Pero también desde su propia lengua ellos producen cambios mediante la 'transitividad' real y virtual de todo lenguaje. Los peninsulares mismos renuevan y amplían su acervo lingüístico para poder entenderse y vivir. Al mismo tiempo quedan atrás muchas palabras, muchas significaciones que ahora son inaplicables. Se opera un reajuste con doble resultado. Se gana y se pierde.

Hay que entenderse y vivir entre sí y con los indígenas. Los españoles que pasaron en los primeros momentos y que seguirán pasando durante la época colonial, fueron siempre pocos en relación con los aborígenes y los mestizos. El castellano tiene que ser compartido y enseñado. Toda ampliación de comunidades lingüísticas no se realiza gratuitamente. Todo bien compartido se transforma. Cambian los ideales de lengua y los hitos de referencia. Para servir a un mayor número de personas incorporadas de golpe, el castellano se rehace, se empobrece en matices. El griego se transformó en *koiné*, el latín hablado en latín vulgar en condiciones semejantes.

El tercer factor que debemos tener presente para explicar el cosmopolitismo de nuestra lengua es de índole bien diferente a los anteriores. Tiene una importancia decisiva inteligirlo en forma adecuada para explicarse el fondo de la cuestión. Hasta fines de la Edad Media —cuando ella termina comienza a existir el Nuevo Mundo y comienza o madura un gran vuelco en la cultura occidental— España es una nacionalidad fuerte y poderosa dentro de los países europeos. Su gestación medieval tiene características propias, pero es Europa, no ha renegado de una tradición común particularizada en cada uno de los países herederos del mundo greco-latino. Un mapa de hombres que hacen cultura, de la época medieval, no aísla a España del resto de Europa aunque presenta ya ciertas desventajas en relación con Francia, Italia, Inglaterra y Alemania. Con el Renacimiento la Europa occidental se lanza intensamente por el camino de la cultura 'objetiva' (Filosofía y Ciencias). Desentendiéndose o mediatizando la Teología y la Religión, los europeos avanzan en el planteo racional del

mayor número posible de cuestiones. A partir del Renacimiento esta actitud no hace sino crecer y prosperar. Con antecesores como Bacon y con impulsos decisivos como los de Galileo y Descartes, el pensamiento occidental muestra una línea de continuidad ininterrumpida hasta nuestros días. España, sin embargo, se ha quedado fuera. España ha hecho muchas y valiosas cosas desde el Renacimiento hasta hoy, pero se quedó fuera del pensamiento objetivo, no cooperó al crecimiento de la cultura racional. D. Américo Castro ha hecho la exégesis más profunda de España insistiendo en esta tesis. Mientras la Europa occidental no encontró dificultades para volcarse en la interpretación racional del mundo, España se afincó en su vivir religioso y en un vitalismo integral. Ocho siglos de no querer ser musulmana le costó a España dejar de ser Europa-Occidental.

La posición objetiva, racional, es la que a la larga triunfó en el mundo. Esta afirmación tiene un sentido bien concreto. Las colectividades humanas, los hombres, necesitan de la ciencia (y de la Filosofía) para vivir. Cada vez más el pensamiento se fue convirtiendo en la herramienta capaz de encontrar las soluciones que el hombre necesitaba. Ahora nadie se sueña con prescindir del automóvil o del periódico matutino. La actitud racional equivale a un vuelco en la cultura occidental a partir de fines de la Edad Media. Desde entonces, con más o menos intensidad, el mundo de habla castellana ha vivido de recibir bienes culturales y no de producirlos. Los hispanohablantes somos consumidores de cultura desde entonces y no productores. Somos importadores de soluciones racionales sin que todavía logremos exportar. La importación cultural se hace al precio de la importación lingüística.

Independencia de Hispanoamérica.

Se pensó por muchos que la fragmentación del continente en naciones independientes desembocaría en la proliferación de idiomas diferentes. Todavía hay lingüistas que ven en Hispanoamérica una nueva *Romania*. Bello escribió su *Gramática* para combatir el nacionalismo lingüístico. Estos temores encubren una posición mecanicista frente a los fenómenos histórico-culturales. Las condiciones materiales del mundo actual, y en menor medida desde los Tiempos Modernos, cooperan con la unificación y no con la diversificación idiomática. Estas condiciones materiales nuevas —que inventaron “ellos”, como decía Unamuno— comienzan a germinar con el mismo empezar del español en estas regiones. Seguir pensando en una nueva *Romania*, es pensar

mecánicamente. Las diferencias regionales y nacionales del español americano son las inherentes a la espacialidad de cualquier lenguaje.

La rebelión contra España polariza cada vez más a estos países hacia la Europa occidental. Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, son los centros a los cuales las nuevas colectividades independientes se orientan. Estados Unidos es una variante más próxima del mismo centro irradiador. La autonomía obtenida se traduce en un complejo, emocional anti-hispánico y en una exaltación de todo lo extranjero. Objetivamente, las soluciones que se imponen al hombre civilizado han sido hechas en otro lenguaje. El prestigio de la cultura objetiva extranjera despierta el aprecio por las lenguas extranjeras en las que tal cultura se hace. La esterilidad creadora en todo el ámbito de hispanohablantes engendra el menosprecio por la propia lengua.

Cultura y Lenguaje.

Fecundidad cultural es al mismo tiempo fecundidad lingüística. Hay creación lingüística si hay creación cultural. No sólo se importan los objetos, se importan también sus nombres. El cosmopolitismo de nuestra lengua es índice de estos fenómenos más profundos de dependencia cultural.

Cuando España realiza la Conquista y Colonización de América se encuentra a la par con las demás naciones europeas. A comienzos del siglo XIX, los países hispanoamericanos y la propia España están al margen de lo que ha pasado en el resto de la cultura occidental. Los nuevos países comienzan a pertrecharse con la ciencia y la filosofía no española. Este nuevo impacto golpea sobre un lenguaje que ha estado en un continuo proceso de adaptación a las nuevas circunstancias. En España, el impacto es mucho menor porque su idioma tiene por lo menos diez siglos de vigencia y perdurabilidad. Así como un celta *Magetorito* ha sido digerido hasta transformarse en *Madrid*, un *pick-up* es un *picú*. En Hispanoamérica, los extranjerismos son tomados por gentes que siempre estuvieron viviendo de lo extranjero y cuya lengua en continuo hacerse no se les impone con la fuerza necesaria capaz de nacionalizar el elemento importado. La falta de solidez cultural se corresponde con una falta de solidez en el hablar. El lapso histórico breve de vida de estos pueblos debe entenderse en este sentido. Pocos siglos o muchos siglos de vida no significan nada por sí mismos. Todo depende de lo que hagan o dejen de hacer las sociedades en los muchos o pocos siglos. Estados Unidos es una nación no más vieja que las nuestras. Japón es tan viejo como los países

européos y sólo contemporáneamente se orienta hacia una cultura racional como epígono de Europa.

Sociedad y Lenguaje.

En el comer, el vestir, el divertirse, la gente hispanoamericana está de acuerdo con cánones extranjeros. Salvo las manifestaciones folklóricas, nuestras sociedades viven supervalorando y exaltando lo extranjero y olvidándose de lo hispánico tradicional. Es natural que así sea. Para la gente hispanoamericana lo europeo es lo valioso porque desde que existen estas naciones es lo plenamente vigente y evolutivo. En el plano de la cultura objetiva, estas sociedades deben más a Europa que a España. Los hispanoamericanos somos más europeos que hispanos. Este cosmopolitismo básico hace de nuestra lengua un instrumento social también cosmopolita. La permeabilidad de nuestro hablar corre a parejas con la permeabilidad típica de nuestras colectividades.

Aclaración.

Creo que no se puede entender adecuadamente nuestro cosmopolitismo lingüístico sin plantearse los problemas sin prejuicios. Lo queramos o no, los hechos rebasan los prejuicios. Una actitud inicial de defensa de nuestro abolenjo hispánico se traduce en miopía inevitable. Por muy hispánicos que individual o colectivamente nos sintamos en determinadas ocasiones, los hechos son éstos.